

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a M. Torrente

EFEMERIDES, VATICINIOS Y REBUZOS

Ese antro que es "La Nación", está forjando de cada plantigrado ingresado a su casa, un escritor de genio. Los fabrica por gruesas y luego les insufla la necesaria vanidad para que ellos mismos se lo crean. Transcurriendo un tiempo, les infla a fuerza de redobles de tambor y bombo, y los pone en circulación.

Para graduarse de genio en ese "órgano" o ser un "brillante talento", basta un espinazo muy flexible, rezarle una serie de letanías al "historiador, general, político y poeta" Bartolomé Mitre, hablar pestes de Alberdi, desdeñándolo; entonces la fortuna literaria está hecha. Las cualidades inherentes a un verdadero escritor, la sinceridad, la independencia mental, la nobleza de propósitos, si es que la lleva consigo el neófito o el candidato a genio, deberá dejárselas en el baul, o, en su defecto, ahorcarlas en la percha de entrada, junto con el sombrero y el abrigo. En esa casa no se toleran esas triquiñuelas, en los que aspiran o no a la genialidad. Necesita que se capen mentalmente, sirvan tanto para un lavado como para un fregado. Ya tonsurados, pueden sentarse y esperar la aureola, el halo de la consagración, que ya vendrá, ya vendrá, sobre todo si no son discolors ni tienen veleidades extremistas en sociología.

Uno de estos "genios" elegantes, coquetos, confeccionado con la marca de fábrica de "La Nación", es el doctorcito José Luis Murature, encarnación rediviva del gran Pacheco deca de Queiroz, estadista ignorado por la historia, y cuya mudéz asnal fué interpretada por sus conciudadanos como la señal más evidente de su gran genio. También Murature, lanzado a la circulación por su diario, si no es todavía un gran genio, se halla siempre a punto de serlo. ¿Y por qué no? ¿No dijo Cuvier que el genio es una larga paciencia? Por los años transcurridos en "La Nación" como editoralista, demostró que si se tratase de ser una bestia paciente ya habría "cuspidado" en la cima puntiaguda de la genialidad.

Todo esto, no son cargos gratuitos que le hacemos a nuestro colega, en la artesa común. No; son los efectos de una causa, son los epifonemas de un estallido, es el eco de un trueno. Este trueno salió retumbando, con su amontonamiento de eles y erres, como metaforaría Lugones, de la boca de ese "ilustre y gran periodista, el más grande de Suramérica", el señor Murature. ¿Qué traía ese trueno en su seno tempestuoso y hosco? Nada menos, ni más, que una cabal, auténtica profecía.

Escuchémosla. Se trata de un pálpito del ex ministro y diplomático de tierras calientes, que tuvo sobre los destinos grandiosos reservados al país. He lo ahí el vaticinio, vivito y coleando, que acabamos de pescar entre las densas colum-

25 DE MAYO



¡ V I V A L A P A T R I A !

nas del órgano de la calle San Martín: "La Argentina marchará a la vanguardia de la civilización". Postulado profundo y profético, que nos recuerda la calva fulgurante del senador Pacheco, de feliz memoria, cuando se irguió cuan alto era para fulminar a su contrincante, quien quería implantar la instrucción láica en los colegios portugueses, con esta no menos contundente y ceflagradora sentencia: "Usted cambiará el trapecio por el crucifijo". Y el senador de la lustrosa calva, en medio de un silencio "enorme", se sentó y se puso a meditar. El esfuerzo le había postrado.

Estas dos frases de sabor tacitiano se equivalen y se equilibran armoniosamente. Aunque las distancias del tiempo y del

espacio las separan, todo las une. Es tan oportuno y se aplica al caso, ese crucifijo, como la marcha triunfal de la Argentina al frente de la civilización.

Pero disculpemos estos desbordes, desahogos hacia una patria efímera, explosora de los pobres y pasto nutricio de los ricos: amor irracional, que ergotea y profiere los mayores disparates, en vez de apelar a la cordura de un razonamiento sereno. Sí, disculpemos. Se acerca la feria de las luces, gritos estentóneos e himnos coreados por niños, pobres mártires, de las largas marchas y de los plantones. Sí, disculpemos la horda de la escarapela postiza y de efemérides. Déjémosle la cadavérica ilusión de que ellos uncirán al carro triunfal de la hasta aho-

ra incivil Argentina, la civilización mundial, como pudo proferirlo ese Pacheco de tierras calientes, simbólico personaje de la ilustración de nuestras clases "intelectuales".

Y cuando tengan el tupé de afirmar con letras de imprenta, publicado en *Le Figaro*, lo que se leerá, riámonos, ya que es la única arma con que se puede desarmar a los tontos.

He ahí el postrer vaticinio en toda su hirsuta pelambre:

"Los elementos morales, — termina diciendo el doctor Murature — que formaron la nacionalidad fueron puros y algún día la República Argentina marchará a la vanguardia de la civilización, y entonces se exhibirá la historia de su evolución política y el 25 de Mayo simbolizará, como el 14 de Julio, una de las jornadas culminantes en los anales de la libertad humana."

Bueno, terminemos, pero no sin antes decir algo que nos toca de cerca a los anarquistas. Sin esos gringos que importaron las perseguidas y desterradas ideas avanzadas, de tan profunda moralidad como la de los primitivos cristianos, quizás la cultura general no se hubiese extendido en todas las capas sociales, penetrándolas como se hallan ahora. Nada ha hecho el Estado para desbrozar la mentalidad del pueblo; al contrario, cuando pudo, contribuyó a embrutecerla. ¿Cuál de los intelectuales, tráfugas o no, no fué, en su juventud, medio o totalmente anarcoide? Lugones, por ejemplo, lo fué. Como en arte el academismo siempre se beneficia de los descubrimientos de las escuelas de la extrema izquierda, así sucede con las ideologías que incuban una moral nueva, que va fecundando el presente, para reinar en el futuro.

No será, pues, la moralidad de los personajes a lo Murature, ni la troquelada por "La Nación", sino otra totalmente opuesta, la destinada a regular la vida psíquica de los hombres del mañana. De qué matiz será, es lo que no nos atrevemos a pronosticar a la manera muraturiana.

GLOSARIO

Menos alimañas...

La conferencia de armamentos sigue funcionando. Por cada sesión que celebra, del vestido del primitivo maniquí, — es decir, del plan inicial, — le quitan una prenda. Primero se empezó por rechazar la cláusula que imponía la revisión de los buques. Mr. Burton se oponía, y era justo darle la razón. Luego, la conferencia, o sus miembros, votaron por el abandono "de una Junta Central patrocinada por la Liga de las Naciones, para regularizar el tráfico de armas y municiones". Si se celebra otra sesión más, es posible que los miembros, atacados de furor bélico, se devoren entre ellos. Es lo que ardientemente deseamos que suceda. Menos alimañas, más claridad.

Terminó el duelo...

El duelo, el luto mandado guardar por decreto, a causa del atentado que se perpetrara en la catedral de Sofía, ha sido levantado. Y, naturalmente, los teatros y demás sitios de diversión empezaron a funcionar, viéndose concurridísimos. El luto, no oficial ni guardado por decreto, que tal vez no haya terminado, y por mucho tiempo no terminará, es el que llevan sobre el corazón y las almas los niños a quienes arrebataron los padres, las hermanas, las madres y las esposas. Las víctimas, en fin, y no los verdugos; que transpuesta con felicidad y ganancias cuantiosas la catástrofe, se están divirtiendo. Ellos realizaron un buen negocio y es con ese dinero que organizan los festines y las orgías. Quieren desquitarse del estremecimiento de terror que atenaceara sus carnes cobardes.

Aeroplanos comunistas

El gobierno de los Soviets es el macaco o, más bien, el simio que remeda al amo. El gobierno de los Soviets no es solamente peor — si esto fuera posible entre fieras de la misma calaña — que los demás existentes, sino que resulta una caricatura grotesca, risible y despreciable del sistema autoritario.

Se dice que los obreros de transportes, ferroviarios y fluviales, entregaron una flota de 31 aeroplanos, costeados con fondos recolectados por una suscripción popular. Dudando de la veracidad de ciertos detalles de esa información, diremos que no es armándose como conquistarán al mundo. La fuerza, la violencia puede vencer temporalmente, pero la idea es la que a la postre triunfa.

Como los Soviets perdieron de vista la idea, es decir, el ideal y la religiosidad que le es inherente, se aferran a la fuerza, a la violencia, como quien se atrapa a una tabla ardiendo, para salvarse.

Los verdugos del entendimiento

En las escuelas de Inglaterra y Gales se enseñan cursos sobre la finalidad de la Liga de las Naciones. Compadecemos desde ya a esos niños, niñas y jóvenes sometidos a las torturas chinas de estos verdugos del entendimiento. Será tan pernicioso esta enseñanza, como la de los frailes que inculcan las patrañas del catecismo. Destila tanto veneno una patraña o mentira como la otra.

LIBROS PUBLICADOS

- POR LA EDITORIAL LA PROTESTA
La Revolución Social en Francia, por Miguel Bakunin—Un tomo de 336 págs. En rústica, \$ 1.50, en tela \$ 3.50.—
Temas Subversivos, por Sebastián Faure—Un tomo de 310 págs. Próximamente segunda edición
Los anarquistas (Estudio y réplica), por C. Lombroso y R. Mella. Un tomo de 170 págs., \$ 1.00
Mi Comunismo, por Sebastián Faure. Un tomo de 440 págs. En rústica, \$ 2.00 — Encuadernado en tela, \$ 3.50.—
Conferencias, tomo I: El Estado, su rol histórico, El Estado moderno, por P. Kropotkin. Un tomo de 150 págs. Rústica, \$ 0.50. Encuadernación tela, \$ 1.50 —
Cartas a una mujer sobre la anarquía, por Luis Fabbrì. En rústica, \$ 0.50 — en tela \$ 1.50.—
La Ucrania revolucionaria, por A. Souchy — \$ 0.30

UN PROGRAMA DE ACCION

LO QUE ES Y LO QUE PODRIA SER LA EDITORIAL "LA PROTESTA"

(Conclusión)

Uno de los primeros pasos en firme que la Editorial quiere dar es la publicación de diez volúmenes de obras de Miguel Bakunin. Independientemente de la iniciativa de la Argentina, siguieron iniciativas semejantes y simultáneas en Alemania y en Italia. Ese solo hecho dice bastante sobre las esperanzas que pone el movimiento anarquista internacional en la resurrección del gran agitador. En Italia se publicaron hasta ahora sólo dos volúmenes; la reacción obstaculizó el noble intento; en Alemania aparecieron ya tres grandes tomos y el año próximo aparecerá otro; la edición nuestra, planeada desde hace varios años, comienza ahora. Las obras de Bakunin están todavía llamadas a reñir grandes batallas por la anarquía y su lectura y su meditación debieran ser el primer paso de todos los jóvenes revolucionarios. La edición de LA PROTESTA será la más completa y la mejor organizada — fuera modestia; libros como El estatismo y la anarquía, totalmente desconocidos en los idiomas europeos, aparecerán por primera vez en esta colección. La edición de las obras de Bakunin no debiera interesar sólo a una pequeña minoría, sino a la totalidad de los anarquistas de habla española, que se preocupan del propio perfeccionamiento espiritual y del porvenir de las ideas. No se trata sólo de necesidades urgentes del movimiento actual, sino de las necesidades de las generaciones del porvenir, que deben hallar un camino menos sembrado de obstáculos, menos lleno de dificultades.

Otro de los proyectos definidos y precisados que se propone llevar a cabo la Editorial, es la colección de pensadores y propagandistas del anarquismo. Por muchos razones, esta colección se abrirá camino y producirá los resultados que esperamos. Primeramente, porque el contacto directo o indirecto con una gran personalidad, ensancha y agranda también nuestra personalidad, porque el ejemplo de los hombres que han marchado a la cabeza de la humanidad, gracias a sus cualidades sobresalientes, a su pureza moral, a su inteligencia, a su corazón, a su entusiasmo y a su espíritu de sacrificio, es para todos de un alto valor educativo. Además, la colección biográfica que planeó LA PROTESTA, no nos revela sólo a ciertas personalidades que se destacaron en nuestro movimiento, sino que constituyen capítulos enteros de la historia del anarquismo. Y es preciso decirlo, cuando se conoce la historia del anarquismo se conoce mejor su esencia, y cuando más se conoce su esencia y más se profundiza en la magnitud y en los valores de esa idea revolucionaria, más se la ama. Nos parece que los tránsfugas de nuestro movimiento se deben a la escasa compenetración con las ideas; el que conoce nuestras ideas no puede claudicar más, porque ningún bien en el mundo es superior a ellas y nada encierra más belleza.

Esta colección ha sido iniciada ya con el Errico Malatesta de Max Nettlau; debe seguir la gran obra de Rudolf Rocker, Johann Most, la vida de un rebelde, una de las publicaciones históricas sobre el movimiento revolucionario que ha provocado más sensación en estos años; y esperan turno tres grandes volúmenes con la biografía de Bakunin, uno con la de Eliseo Reclus, otro con la de Pietro Gori, otro con la de Domela Nieuwenhuis, otro con la de Max Stirner, otro con la de Francisco Ferrer, otro con la de Anselmo Lorenzo, otro con la de R. Flores Magón... etc., etc. Cada tomo es un gran capítulo de la historia social, cada tomo pone al lector ante un pensador, un propagandista, un combatiente de la anarquía de los que más han hecho por dar vida al movimiento; cada una de esas individualidades ha tenido pensamientos originales, puntos de vista propios, pero el conjunto, lejos de contradecirse, se complementa, se agranda como un todo armónico e inseparable; es la variedad en la unidad.

Confiamos mucho más en esta colección biográfica, que perpetuará lo característico y lo fundamental de la personalidad de varios hombres de grandes méritos, que en las obras puramente teóricas. Esta colección despertará más almas que el mejor de los manuales de propaganda, y las diversas aptitudes y los diversos temperamentos se expresarán en la forma más adecuada, siguiendo el impulso dado por alguno de esos hombres cuyo carácter se adapte más a sus inclinaciones.

Simultáneamente se editarían una serie de obras sobre los problemas actuales de mayor importancia, desde un punto de vista anarquista, en cuya labor trabajarían los camaradas más acreditados de los diversos países. Por ejemplo, R. Rocker nos daría un libro, llamado también a tener una gran repercusión, sobre el asunto del nacionalismo; en la forma que Rocker ha examinado ese problema, nadie lo ha hecho; además, por la cantidad de sugerencias y de aplicaciones de la crítica libertaria que contiene, sería algo nuevo en nuestro movimiento y susceptible de ampliar el radio de los simpatizantes del anarquismo. Como ese libro, existe la posibilidad de preparar en el año o dos una decena de ellos. Y lo que cada obra de esa naturaleza puede producir en los espíritus de los lectores, si reconocemos que en la actualidad apenas disponemos de un par de libros que dilucidan a la luz de la crítica anarquista los grandes problemas de la época.

También sería adecuada la publicación de cuatro o cinco novelas y utopías libertarias, como la obra de William Morris, y otras.

Pero lo que culminaría el esfuerzo proyectado, para este primer período de la Editorial LA PROTESTA, sería una vasta Enciclopedia del anarquismo. Alguien que ha visto como pensábamos en ese sentido, ha hecho suya la idea, y quiere avanzar a su realización. Bienvenida sea. Pero como nos tememos que no se interprete en todo lo que esa obra significaría para el porvenir, nosotros no debemos ceder todavía la iniciativa.

La Enciclopedia del anarquismo, algo más amplio y más perfecto que lo iniciado por Jaurès con respecto al socialismo, debería ser para la revolución proletaria lo que fué la Enciclopedia famosa de Diderot y D'Alembert, para la revolución francesa de 1789. Han nacido ya varios pensamientos tendientes a que esa Enciclopedia sea un hecho, pero faltó siempre continuidad en el esfuerzo y hubo un poco de cobardía ante la magnitud de los obstáculos.

Nosotros tenemos la seguridad de que ha llegado ya la hora de poner manos a la obra, de concentrar las fuerzas y de repartir el trabajo para esa especie de Summa que podría convertirse en la compañera inseparable de todo revolucionario, y que podría poner de un golpe la doctrina anarquista en el primer puesto de las modernas doctrinas sociales.

Podríamos escribir muchas páginas sobre lo que contendría esa Enciclopedia soñada, y no agotaríamos el tema. Basta decir que no sería la obra individual de tal o cual escritor, sino un gigantesco edificio intelectual elaborado por todos los anarquistas del mundo, pues todos los contribuirían con su parte de trabajo, con su granito de arena. Y con esa labor demostraríamos que la mentalidad colectiva sabe edificar más sólidamente que la inteligencia de una personalidad individual.

Es imposible prever las proporciones de esa Enciclopedia, pero no habría de ser menor, seguramente, a El hombre y la tierra de Reclus, pues no sólo abarcaría la historia en todos sus aspectos, sino la teoría.

Y sin abarcar más, tendríamos ya once cincuenta volúmenes a editar: 10 tomos de obras de Bakunin. 15 tomos de biografías de pensadores y propagandistas del anarquismo. 10 tomos de obras de crítica libertaria

a los problemas sociales, políticos y económicos actuales.

5 novelas y utopías anarquistas. Y 8 o 10 tomos de la Enciclopedia del anarquismo.

Dejamos sin mencionar la especificación de los títulos y de los autores para ahorrar espacio. Cada uno de esos libros, de esos cincuenta tomos que podría editar LA PROTESTA, y que en su mayor parte todavía no se han escrito, es merecedor a una lectura atenta; cada uno de esos libros nos enseñaría enormemente y ensancharía mucho nuestro horizonte mental.

Y todo ello sería misión de cinco años; no debiera durar más.

Supongamos ediciones variables entre 5 y 10 mil ejemplares; tendríamos unos 350 o 400 mil volúmenes en cinco años. Demos ahora rienda suelta a la imaginación y soñemos con las grandes batallas que podríamos librar contra el mundo de la explotación y del privilegio disponiendo de ese instrumento eficaz de convicción y de difusión de nuestras ideas.

Y todo marcharía a las mil maravillas, todo iría viento en popa si se encontrara un millar de camaradas dispuestos de antemano a suscribirse a cada uno de los volúmenes que aparecieran en la editorial, es decir, aproximadamente por unos 60 pesos en cinco años o sea 12 pesos por año o un peso por mes.

Con esa base tan reducida, con ese pequeño sacrificio de mil camaradas que se comprometerían a formarse una biblioteca de 50 volúmenes escogidos en el curso de cinco años, la Editorial podría poner en la calle un volumen mensual y disponer al cabo de ese plazo de 250 o 300 mil volúmenes sobrantes para el asalto a las ciudades del mundo capitalista y para extender la influencia del anarquismo por todos los países de habla española.

¡Mil voluntarios de ésta idea, son tan pocos y sin embargo podría darse un paso tan decisivo! Y lo que se nos exige no es mucho: es solo el compromiso de adquirir una biblioteca de las mas interesantes en el plazo de cinco años, una biblioteca económica y de un valor duradero, que no sólo sería útil para el lector de hoy, sino que constituiría un precioso legado para la generación futura. Además, indirectamente, esos mil voluntarios realizarían un trabajo gigante sin esfuerzo posterior, porque una vez impresos los libros, cada tomo es un propagandista que recorre el mundo sembrando la buena semilla y difundiendo la luz de la anarquía. ¿No es de esperar que de los 350 o 400 mil volúmenes que saldrían en esos cinco años eventuales, una buena parte de ellos no desaparecerían sin haber depositado sus ideas en algún cerebro?

Sobre la necesidad de no dejar más tiempo en poder de los editores burgueses o de los simples explotadores de la literatura anarquista el instrumento formidable de propaganda que es el libro, no hay que hablar. Primeramente, un editor burgués se guía por un interés: el de la ganancia, y además, por lo que vemos, los editores burgueses no quieren ya preocuparse de nuestros libros, y sólo aceptan los inofensivos, los que no entrañan malos ratos eventuales con las autoridades. Pero lo que guía en primer lugar a una editorial anarquista no es la ganancia, sino el interés de la propaganda, y este interés puede estar muchas veces en razón inversa de la ganancia.

Otra de las razones por la que debemos realizar nosotros sistemática y conscientemente la edición de nuestra literatura y fomentar la creación y la renovación de la misma, es que un extraño no podría comprender, como nosotros mismos, lo que mejor conviene a la expansión y arraigo del movimiento anarquista.

Un camarada de Méjico nos escribe: con los libros y folletos que nos remitieron de Buenos Aires, nuestra labor de propaganda ha sido enormemente facilitada.

Imaginemos lo que podrían ser 250 ó 300 mil ejemplares de buenos libros listos para invadir todas las librerías de América, para llegar a todos los rincones donde el proletariado sufre y busca una salida a su situación miserable. Esos miles de volúmenes se nos figuran un poderoso ejército de ataque, una legión de propagandistas sobresalientes. No su-

ponemos que todos escapen a las furias de la reacción; algunos irán a la hoguera, serán deshechos por las turbas del capitalismo y por los idólatras del Estado; pero un gran número se salvará y llegará a buenas manos; otros esperarán largo tiempo en los escaparates de las librerías, burlándose del burgués transeunte y amenazándolo, alentando al proletario que pasa agobiado por la carga del trabajo cotidiano. Esos centenares de miles de libros llevarían la bandera de la anarquía a todos los pueblos de América, serían vanguardia exploradora de la tierra virgen en unos países, en otros serían una brújula de orientación para las conciencias; a ellos acudirían los sedientos de verdad, los amantes de la justicia, los deseosos de un mundo mejor.

Y no es todo. Figurémonos en posesión de esos instrumentos de guerra a la actual civilización; figurémonos esa colección biográfica de 10 ó 15 volúmenes sobre la vida y las ideas de las figuras salientes del pensamiento y de la acción anarquistas. Maniobraríamos con esos libros como con un ejército; según las necesidades, así enviaríamos a las diversas regiones, a las diversas localidades los propagandistas más adecuados: 100 Malatestas a la Patagonia, 100 Reclus a Córdoba, para demostrar a esa ciudad universitaria que se puede ser uno de los más grandes sabios de la época y sin embargo amar la verdad en todos sus aspectos y luchar por la implantación de la justicia; 50 Stirner a La Antirruca para que no se acabe la casta de los superhombres, que nos hacen tener la satisfacción de ser hombres solamente, 100 Bakunin al Uruguay para demostrar que se puede ser una gran personalidad y sostener que el contacto con las masas no empequeñece la libertad de nuestro yo interior, y así por el estilo con Pietro Gori, con Domela Nieuwenhuis, con Anselmo Lorenzo, etc., etc. Con estas fuerzas haríamos la guerra a Chile, por ejemplo, donde el militarismo, el comunismo de Estado y algunas otras flores de autoridad quieren prosperar y sofocar toda aspiración de vida y de pensamiento libres. Pondríamos en marcha nuestros regimientos, los diez tomos de obras de Bakunin, la colección en pleno de biografías, los libros de crítica libertaria; inundaríamos Santiago, Valparaíso, Liqueque, etc., y sin ruido de armas, sin gastar pólvora en salvas, nuestros propagandistas mudos harían su obra de conquista y un día veríamos los frutos de la victoria.

Entraríamos al descubrimiento de varios países todavía poco explorados o completamente vírgenes para nuestras ideas; con unos millares de volúmenes bien escogidos, haríamos mucho más que con unos millares de soldados o con algunos emisarios fugaces de la buena nueva.

También tendríamos refuerzos a disposición de los amigos de todos los países de habla española; no haría falta más que una pequeña indicación para alistar en unas horas una expedición de cajones que llevarían los elementos de guerra más incontestables: las ideas. Ayudaríamos a las camaradas de España a luchar contra el militarismo, contra el marxismo, contra la degeneración sindicalista; cooperaríamos con los camaradas de México en el ataque a las ciudades del sindicalismo de Estado, y del liberalismo burgués de fondo reaccionario. La acción que emprenderíamos con nuestras legiones de volúmenes sería incontestable, los fusiles de los soldados y el buen olfato de los polizontes se quedarían a la luna de Valencia la mayoría de las veces; los libros se escurrirían de entre sus manos, no podrían ser combatidos más que con otros libros, y en ese terreno, nuestra lógica, la profundidad de nuestro pensamiento, la claridad de nuestras exposiciones, la exactitud de nuestras críticas vencerían a los gigantillos que se resistían y volvieran por los fueros de la barbarie capitalista.

Todo eso sería realizado en cinco años, si hubiese mil camaradas voluntarios de esa idea. Nuestra imaginación es rica y fecunda, y sin embargo no puede abarcar todo el bien que podría resultar de la formación de ese ejército ideológico de casi medio millón de combatientes. Cuando constatamos que el anarquismo permanece muerto, que no dice su palabra en todos los países, que vegeta en algunos pequeños grupos sectarios, en lugar de salir a la luz del día e irradiar en la

vida social como el foco más potente de orientación de las conciencias hacia la vida natural y libre, hacia etapas superiores de civilización, hacia un porvenir más dichoso. — se nos ocurren muchos medios para que ocupe el puesto que le corresponde, pero el más apropiado, el que concebimos más eficaz, es la editorial. La Editorial de LA PROTESTA no es nada hoy, pero podría ser palanca para mover el viejo mundo y quebrantar sus conexiones.

Que los amigos examinen y mediten esta idea y expresen su opinión; en nombre de la anarquía no se puede ser adversario de ella. Los enemigos del propio campo nos dejarán la vía libre, como se la dejaríamos nosotros a ellos si tuvieran una buena idea, capaz de beneficiar el movimiento entero. Y si, empeñados en hacer prevalecer sus personalidades, nos siguen tirando piedras, podríamos demostrarles que sabemos doblegar obstáculos y desescorabar el camino. Sólo haría falta que se alistaran mil voluntarios de la EDITORIAL.

D. Abad de Santillan

Los pobres de dios

Un código de moral revelado al hombre por la sabiduría infinita ha de ser necesariamente irrefutable por la lógica humana.

Si la razón lo refuta, sucederá una de dos cosas: o la revelación es falsa o sus enseñanzas son inaplicables.

¿Es irrefutable la moral contenida en el Evangelio?

Si se examina esta proposición desde el punto de vista de la sociología, prescindiendo de otros muchos puntos de vista, hallaremos una negativa terminante y categórica.

Contra los tristes efectos de las injusticias sociales recomienda el Evangelio la caridad, no como virtud transitoria, sino como una práctica permanente: Jesús profetiza que siempre habrá pobres entre nosotros. Por consecuencia, el bueno ha de ser caritativo hoy, mañana y hasta el fin del mundo; y tanto es así, que, preguntado el maestro qué es necesario para alcanzar el premio señalado a los justos, responde: — despojarse de todos los bienes terrenos y repartirlos entre los pobres.

¿Qué es el pobre? Doy la respuesta contenida en el primer diccionario que tengo a mano: un hombre necesitado, menesteroso, desprovisto de lo necesario. La definición es exacta: desprovisto de lo necesario. Fijaos en la significación de tan terrible frase. El que carece de lo necesario no puede vivir, porque lo necesario no es lo superfluo, ni lo accidental ni lo condicional; es lo imprescindible, la circunstancia esencial de la vida, fuera de lo cual sólo se halla la muerte.

¡Siempre habrá pobres entre nosotros! Es decir, siempre habrá en el mundo quien carezca de alimento para restaurar sus perdidas fuerzas, de casa y vestidos para defenderse del rigor de las estaciones, de instrucción y ciencia para desarrollar sus facultades intelectuales. ¡Fatídica profecía!

¡Siempre habrá pobres entre nosotros! Es decir, siempre habrá quienes vivirán fuera del derecho natural, consistente en la legítima posesión de la parte que le corresponde del patrimonio universal, y por consiguiente siempre habrá explotadores, tiranos y explotados.

¡Y esto lo dice un dios que todo lo sabe y todo lo puede, y que con todo su poder y toda su sabiduría ha creado el mal en el mundo, le deja subsistente, y para remediar su torpe conducta recomienda la caridad!

Si eso es Dios, razón tuvo Proudhon para decir: ¡Dios es el mal!

Pero la profecía divina no se cumplirá; tiene en su contra dos fuerzas poderosas, más poderosas que esa divinidad que, pudiendo evitarlo, crea los males para dar lugar a que se ocupen en algo los caritativos; esas dos fuerzas son: el Progreso y la Ciencia; si eso no basta, aún puede añadirse: la bondad humana.

El progreso conduce a la humanidad por la perfección relativa a la perfección absoluta; la Ciencia lleva sus luces al conocimiento, y por consecuencia al aniquilamiento de todas las causas del mal, y la bondad humana que ha salvado los límites de las bárbaras sociedades primitivas, que no pereció en el regimen de las castas, ni en el trastorno de las conquististas y de las irrupciones de la anti-

güedad, ni en la dominación teocrática de la edad media, seguirá su marcha incansante, y con la sociología hallará teóricamente la sociedad justa, y con la revolución destruirá todos los privilegios, y contra la previsión y la voluntad de dios establecerá la libertad, la igualdad y la fraternidad, y acabarán los pobres entre nosotros.

ANSELMO LORENZO — 1888

DIOS Y EL ESTADO

La idea de Dios, o más propiamente dicho, la concepción teológica de la vida y de la naturaleza, ha deprimido en tal forma las facultades intelectivas del hombre, que, a pesar de la enorme distancia que nos separa de aquellas épocas primitivas, en que la razón humana se debatía entre las sombras de la más crasa ignorancia, aun se dejan sentir en las manifestaciones de la vida contemporánea, las funestas consecuencias del dogmatismo lógico que conformó la mentalidad de muchas generaciones. De ahí, de esa deformación mental, depende el que haya hombres que, no obstante su enorme caudal de conocimientos modernos, permanezcan esclavos del dogmatismo teológico que los inhibe para desenvolver su existencia fuera del estrecho círculo vicioso del autoritarismo, al cual subordinan las más preciosas y liberadoras conquistas del pensamiento humano. Y es que la concepción estatal que rige la vida del individuo y de la sociedad, en sus fases morales, política y económica, no es más que el resultado directo, la consecuencia natural y lógica del principio de autoridad, que es el derivado esencial y fundamental en que descansa la teología. Los hombres se vieron en la necesidad, para acallar la voz del pensamiento que todo lo penetra irrespetuosamente, y adormecer la inquietud de todos sus sentidos o facultades, de revestir a los fantasmas de su imaginación primitiva (Dios y el Diablo), de atributos y facultades sobrenaturales, absolutamente únicas (he ahí el principio de autoridad), no creyéndose responsables de lo que sucedía. Generalmente los hombres buscamos fuera de nosotros mismos las causas o causantes de nuestras desgracias e imprevisiones, y nos resulta más cómodo culpar a alguien de nuestras propias culpas o defectos, o atribuir a la suerte o el azar lo que nos beneficia. No es extraño, entonces, que los hombres, en virtud de su falta de conocimientos, se creyesen irresponsables, y en consecuencia, víctimas o favorecidos por lo que ellos dieron en llamar Dios o Diablo. Y es claro que cuando se cree que el bien o el mal (sea cualquiera la idea que de éstos tengamos) no dependen de nosotros mismos, es claro, repito, que ese poder, y que ese alguien que debe poseer los atributos y facultades absolutas, únicas y terminantes, esto es, la autoridad encarnada en el poder milagroso del Estado. ¡Ah! pero los pillos y los tontos (que de todo hay entre los feligreses de la nueva divinidad del Estado) que encarnan y se invisten con el dogma de la

autoridad, arguyen y sostienen el mismo principio en que se escudan los representantes de Dios para justificar sus crímenes y sus robos, esto es, que la autoridad divina (aunque Dios sea un ser imaginario) es siempre necesaria, porque de tal creencia se desprende un freno moral que regula la conducta de los hombres y les da la noción de lo bueno y de lo malo; esta misma creencia es la que inspira a los esclavos del autoritarismo, y de ahí también (por sus atributos y facultades de que está revestido) de Dios, ejerza las mismas funciones en la tierra que Dios ejerce... en el cielo, esto es, conferir a unos hombres el supremo poder de regir los destinos del mundo. Pero como esos hombres, de sotana o de toga, no pueden dejar de ser lo que son todos los hombres, desde el momento que en virtud del principio de autoridad ocupan o se arrogan un dado privilegio, y toda autoridad es la expresión de un privilegio, desde ese mismo momento esos hombres, aunque se crean santos, serán ya peores que los demás hombres, por el solo hecho de creerse los depositarios y representantes de lo absoluto, de la única verdad y de todo el saber, es decir, esos hombres que no se avergüenzan de ejercer semejantes funciones, son peores que los demás, porque ellos encarnan y significan una condición privilegiada, sostenida por la violencia o el engaño, base de todos los privilegios, y aunque esos hombres investidos de atributos y facultades autoritarias, invocan la justicia, el bien de todos, el derecho y la libertad, esos hombres son los peores enemigos del bien, porque ellos mismos, en virtud de sus funciones autoritarias, son la negación de todo bien social, y porque para toda autoridad lo bueno radica únicamente en ella misma, esto es, en el privilegio que ella, la autoridad, encarna; esos hombres que, investidos de atributos autoritarios, invocan la libertad, son sus peores enemigos, porque la libertad nace y se manifiesta en el libre acuerdo de las partes interesadas, y toda autoridad es, en cambio, la expresión de un dogma, y son los negadores del derecho y la justicia, porque todo poder autoritario es injusto por la razón de que él es la negación más expresiva de la libertad, y donde falta ésta, el derecho carece de fundamento moral y social, puesto que donde rige el principio de autoridad, la violencia marca la pauta en las relaciones económicas de la vida social.

HELIOS



Las artes plásticas en el extranjero

Dunoyer de Segonzac

André Dunoyer de Segonzac, quien nació en 1884 en Boussy-Saint-Antoine, y que alcanzó actualmente a la plena madurez de su magnífico talento, pertenece, con Derain, Utrillo, Vlaminck, Jean Marchand, Othon Friesz, Luc-Albert Moreau y algunos otros, a ese pequeño grupo que, paralelamente a Picasso y al cubismo, comenzó a reaccionar contra el impresionismo, buscando una nueva verdad plástica.

Los sucesores del impresionismo, a la zaga de Monet y Sisley, transformaban el mundo en una polvareda, atravesada por todos los juegos cambiantes de la luz, polvareda mágica, pero de todos modos nada más que polvareda. Es verdad que el gran Cézanne velaba lejos de esos juegos de arteificio, esforzándose en encontrar las leyes de la pesantez y las leyes de las dimensiones. Creo que Dunoyer de Segonzac le debe mucho, aunque no sea muy visible en su obra, a menos que se busque en sus "Bebedores" (1910) ciertas relaciones con los "Jugadores de cartas" de Cézanne. Pero en los "Bebedores" de Segonzac, en el contorno abrumado del hombre sentado, en la interrogante ansiedad del que entra en la cantina, existe un patético que no se percibe muy a menudo en la obra más serena del maestro de Aix. Patético silencioso y secreto que se encuentra en la mayoría de todos los cuadros de Segonzac y que asombra al compararlo con ese joven vigoroso, de la voz vibrante y un poco sorda, de cara llena, esclarecida por ojos casi verdes, dotado de una rara robustez intelectual, al mismo tiempo que de una generosidad sin límites.

Y ese sentimiento patético nos angustia ante los desnudos de Dunoyer, desnudos extraordinarios que a nada se aseme-

ambar un poco densos. Lo que le falta a esos desnudos es la vida espiritual. Les otorga máscaras sin claridad y no rostros; de ahí esas miradas hurañas que se mezclan extrañamente a esa decoración de catástrofe, donde los miembros se entrecruzan o se estiran. Solamente que al lado de los desnudos de Segonzac, todos los demás parecen pertenecer a modelos torpes, mal sentados en la silla de un estudio. En cambio, él los vuelve a crear, los amasa, los domina, los mezcla a no sé cuál drama animal que nos obsede y nos exalta.

Esta misma impresión de tristeza abrumadora, se experimenta ante los paisajes, cenagosos, compactos, y en los que parece trahumarse la humedad; orillas de riberas por las que se desliza un agua espesa como aceite, o bien paisajes de primavera, bajo un cielo de azul tímido, con árboles todavía desnudos que son toda una espera indefinida plena de estremecimientos nerviosos; y aquí tampoco existe ninguna alegría. La naturaleza de Segonzac es la misma naturaleza; una reproductora perdida en el infinito que absorbe los gérmenes y los plasma en medio de una transformación incesante y casi fúnebre. Bajo el suelo se siente el humus; en los árboles la savia; en la carne, los tejidos irrigados y las células en el trabajo perpétuo; en el cielo, en fin, las nubes se amasan, las nubes que van a reventar, siempre el elemento renovador suspendido sobre la tierra.

Pero esta obra tiene algo de oprimente; ella pugna para desprenderse de esa materia que utiliza. For eso, durante mucho tiempo no fué siempre legible. Hoy tiende a aligerarse, a esclarecerse: admite colores menos sombríos y transiciones más matizadas.



DUNOYER DE SEGOZAC. — Dibujo

jan. Mucho menos preocupado por el deslumbramiento de la carne, es más afecto a la anatomía y al juego de las articulaciones. Sin embargo, hay algo de trágico en esas mujeres acostadas en las sombras y que frecuentemente adoptan las actitudes del amor y de la agonía; ellas inducen a pensar en la lujuria y en la muerte; ellas evocan recuerdos de Baudelaire, sin que nada tengan de literario; pero también son cuerpos de nácar, que poseen el cabrilleo misterioso de las perlas, mientras los lilas tiernos, peculiares de la paleta de Segonzac, calientan esos tonos argentados un poco fríos o sus tonos

Dunoyer de Segonzac, a través de ese drama viviente, posee el juego más rico de sus tonos; las tierras oscuras, los grises, forman las bases, con algunos verdes grasos como las algas y azules de una dulzura increíble. Y esos colores de turbas y de pieles de nutrias, esas profundidades brunas o grisáceas, esos amarillos, esos "beiges", levemente dorados, proporcionan a los ojos una especie de fiesta misteriosa. Existe no sé qué de avvenido en el juego prismático de los mejores intérpretes de la luz, al lado de los suyos, sordos, sobrios y reservados. Dunoyer de Segonzac posee las verdade-

ras cualidades francesas, y ello sin quererlo; hace pensar en Courbet; si se abandonara su romanticismo escondido, surgiría en él un lirico a lo Delacroix; mas, a la vez contenido y rico, librándose por bruscos cuerpo a cuerpo con la materia, se busca sin cesar, y esa búsqueda hace la armonía de su obra tan consciente y cargada de elementos caóticos; ese duelo entre la inspiración y la expresión, quizás sea la causa de ese sentimiento patético.

Es también un dibujante, un gran dibujante; y sus dibujos parecen ser de otro hombre, a la par de su pintura. Tanto como sobre ésta acumula la materia para expresarse, en aquéllos se desprende de ella.

Algunos trazos rápidos, de una extraordinaria seguridad, apresan un cuerpo, delinean un gesto, ponen en juego un movimiento. Pluma, lápiz, algunas veces solos, otras veces realzados por los toques flotantes de la acuarela, y la verdad se presenta a vuestros ojos. Se ven soldados amontonados, durmiendo, caminando o moribundos; se ven boxeadores, como fijados por un kodak que tiene la inteligencia de un escritor, la rapidez de un algebraico; se ven cuerpos de mujeres, graciosas, espirituales, acurrucadas, abandonando, sobre el blanco de una página, una cabeza que reposa, una mano lánguida, una pierna que se balancea. Se experimenta la impresión de que Segonzac peca pintando, y juega dibujando. Posee el arte admirable para reunir en lo esencial sus trazos, eliminar lo inútil, hacer estremecer paños, una cabellera, alrededor de una línea que no se detiene jamás. Esos arabescos encantan.

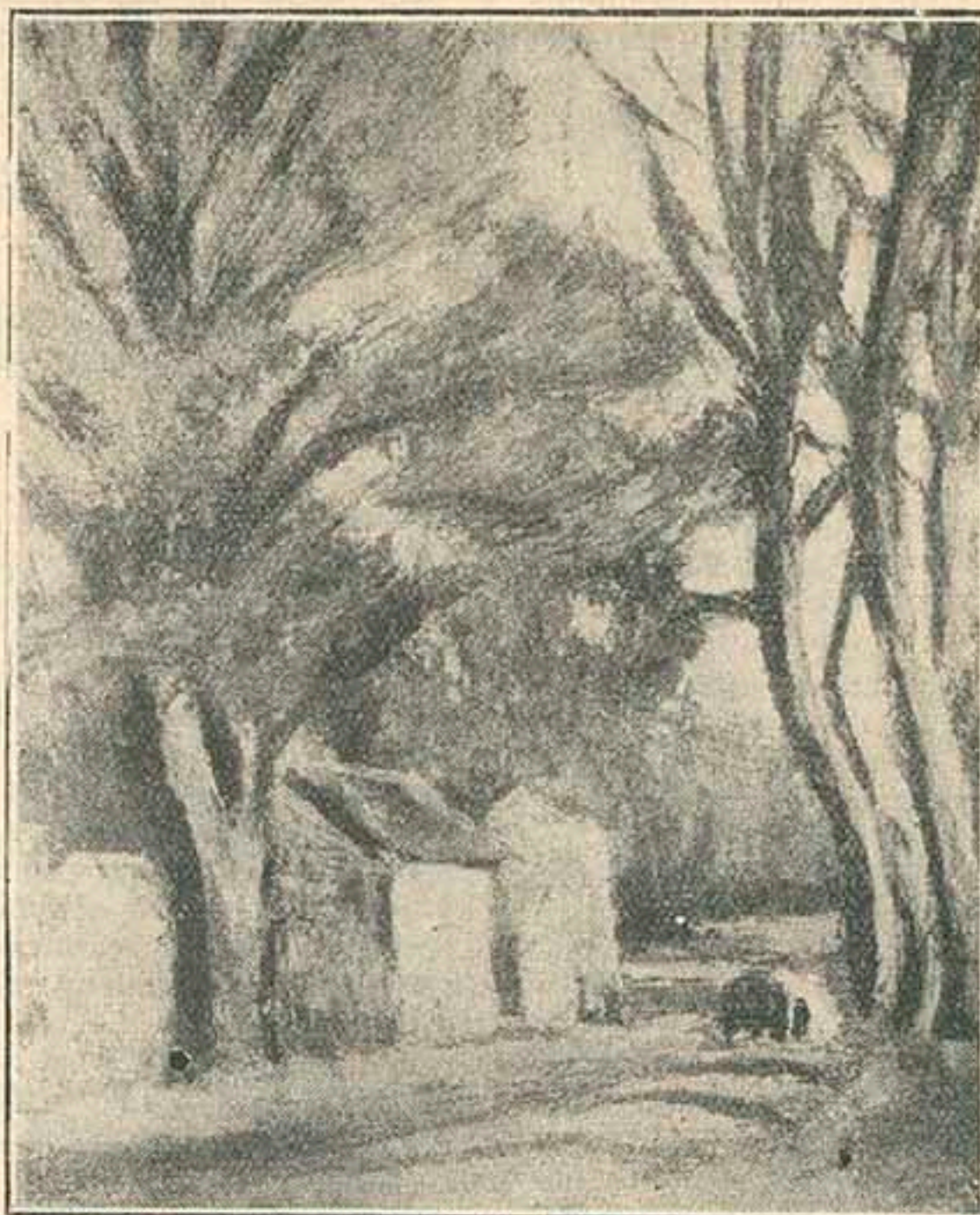
El conjunto de esta obra da la impresión de una fuerza y en un estado continuo de evolución; ce una conciencia sin reposo, que nunca conocerá el automatismo que paralizó a tantos artistas. Dunoyer de Segonzac, es uno de los primeros pintores de estos tiempos, uno de los raros, de los que se puede esperar que den mucho más de lo que hasta ahora dieron.

EDMOND JALOUX

La tolerancia frente al error, es un error más grave. — Henri Barbusse.

La verdadera miseria es ser débil. — M.

La política es el arte de disfrazar el interés particular en interés general. THIADIERE



DUNOYER DE SEGOZAC. — Paisaje

Por los Salones

VAN RIEL

De no haber mediado la crítica de un diario obeso y obtuso — hemos nombrado "La Nación" — tal vez no nos hubiésemos ocupado de este pintor, mucho más banal, inconsistente y vulgarote que la música de "La viuda alegre", de cuya nacionalidad ambos son originarios. Por lo menos lo eran. Ya que el Janos Visky en cuestión es húngaro y, posiblemente, el autor de esa opereta sigue siendo vienés.

De no haber mediado los adjetivos, aunque indecisos y tímidamente laudatorios, que le prodiga profusamente a esos cuadros, los que habrían podido ser pintados con la clásica cola de un asno académico, continuaríamos hasta ahora guardando un silencio sepulcral. De ahí que no resistimos al deseo de rectificar esos conceptos, como el de "la fresca agilidad de las cosas espontáneas". Con ese criterio artístico, podríamos decir idéntica cosa de un letrero, de un afiche de cinematógrafo. Fueron rápida y espontáneamente confeccionados.

No; no sólo este pintor no posee la menor noción de lo que es color y dibujo, ni sabe cómo hacer para reflejar un movimiento, sino que demuestra una impotencia manifiesta para representar, siquiera fotográficamente, cualquier escena. Si es mucho peor que la peor fotografía, ¿cómo poderle encontrar "un acentuado dinamismo"? Este aprendiz de pintor desconoce en absoluto la más leve voluntad dinámica. Al contrario, existe en esas "cosas" el estatismo cadavérico de la instantánea que inmoviliza los gestos, las actitudes y los ademanes.

Pero nos hemos extendido más de lo que debemos para comentar una exhibición tan baladí y sin importancia.

Estas críticas ambiguas, hipócritas y de un androginismo alarmante, son lo que más daño producen a la cultura artística del país.

El crítico, con la misma pluma, luego, pretenderá ensalzar a Puvís de Chavannes, por ejemplo, escanciándole más o menos las mismas loas, sazoadas con otro almíbar, orquestadas de diferente manera. Todo ello no es muy adecuado para crear una conciencia artística en el público que se guía por tales mentores.

WALTER DE NAVAZIO

En el cuarto aniversario de la desaparición de este artista, deseamos evocar la figura cautivante y simpática — por su labor pictórica — del que hubo de desempeñar un rol inconfundible en la evolución del paisaje argentino. Tejer hilo a hilo la biografía de Navazio, como la de cualquier otro artista valioso, ausentándose irremisiblemente, es escribir un largo capítulo del arte en esta tierra: arbusto endeble, precario y de flores anémicas, maglier las múltiples opiniones altisonantes, optimistas, halagadoras y aduladoras de los críticos transoceánicos.

No existe un país como el nuestro, donde de los sinceros de espíritu, aquellos que escucharon la voz irresistible y de honda dulcedumbre de la vocación, hallen más obstáculos, se sientan más asfixiados por los alientos de una mediocracia mezquinamente utilitaria; escarnecidos por los que administran las cosas del arte y azotados por el cierto indiferente de una incompreensión supina, con la altanera suficiencia de quienes, temiendo ser engañados, lo son eternamente. En otras latitudes del mundo artístico podrá acontecer algo parecido, pero no en grado tan intenso y máximo del que alcanza aquí.

Escasísimos son los que supieron comprender las luchas épicas libradas por Malharro — el artista de un más profundo sentido espiritual aunado a un bello lirismo — a fin de imponer sus ideas revolucionadoras en una época retrógrada de analfabetismo artístico. Ellas, a pesar de su agresiva combatividad, fueron saturadas y envueltas como en una bandera de nobleza e integridad moral realmente fecundante. Es que la semilla de una ética cualquiera es la que más fuertemente se prende y extiende su raigambre en las mentes.

Y la ética malharriana ejercía bienhechoras influencias en las mentalidades propicias por su recia virilidad y dinamismo. Prueba concluyente es que dejó tras de sí, no sólo recuerdos vagos y nebulosos, sino un reducido grupo de discípulos espirituales y fervientes admiradores, quienes, teniendo siempre presente, no pierden oportunidad de proclamar su acendrada admiración a los cuatro vientos.

Bien; Navazio fué uno de aquellos que "descubrió" Malharro, como lo fué también Irurtia, cuando se presentara a optar una beca. Hay otros, todavía, que aun oyen la palabra reconfortadora del maestro. No los nombraremos, Navazio tuvo, desde entonces, una mano amiga que estrechar en silencio. El primer paso estaba dado.

El temperamento distilar del nuevo mentor y del discípulo, hizo que éste no pudiese asimilarse todo lo que aquél le ofreciera. Por eso, el influjo fué más espiritual que físico. Además, si uno era elegiaco, el otro era un lirico con acentos épicos. También había una disparidad manifiesta en los medios de expresión y de fuerza creadora, entre los dos.

De todos modos, siendo Navazio un artista en tono menor, llevaba en sí una rica veta de honda poesía. Pudo enturbiarse de cuando en cuando, más en la mayoría de sus lienzos existe algo que no dimana de la materia coloreada que empleara, ni de la cantidad de pericia pictórica, sino de una unción que se des-

prendía de la totalidad de los elementos, algo triste y grave, algo parecido a un sentimiento religioso. Era la completa transfusión del alma del pintor con la naturaleza. Si el paisaje ha sido definido como un panorama anímico, un estado de alma, Navazio, en sus mejores telas, logró expresar y hacer vivir este apogema con acento inolvidable. Recordamos un cielo gris, nuboso, cuyo horizonte abrazábase con las aguas plateadas del río, sobre las que cantaban unos azules ledalemente dorados, que nos conmovió profundamente hasta hacernos saltar las lágrimas. Había una desesperación tan muda y una aspiración tan infinita en estos dos elementos vivos — agua y cielo — y en las nubes sureadas por lejanas gaviotas, que ese cielo nos pareció un gran cerebro arremolina y turbio, esclarecido por pensamientos celestiales. Tanta sencillez de medios y tal aridez temática, había logrado componer esa intensa fuerza expresiva. Fué aquel un momento de alucinación en que nuestro fé en los destinos de Navazio se desbordó alborozándonos el corazón. La eficacia plástica correspondió a la intensidad de concepción emotiva.

Si este connubio nupcial no acabiera frecuentemente como hubiera podido esperarse de tan rico temperamento, era por motivos o causas irremediables para él. Empírico por método, nunca pudo poseer un lenguaje pictórico adecuado a la visión honda y casi religiosa que tuviera de la naturaleza. Quizás por eso mismo, porque algo tenía que decir, es que sus cuadros resentíanse de cierta falta de construcción, que los erigiera en una arquitectura orgánica y viviente. Mas colista que dibujante, viendo más el color



WALTER NAVAZIO

que la línea, procedía por manchas, por volúmenes tonales. Sin embargo, la frescura primaveral de su paleta, en ese tiempo pocos pudieron alcanzarla.

Reasumiendo — ya que no es la ocasión más oportuna para realizar una completa exégesis de su obra total — afirmaremos que el lugar ocupado por Navazio en la evolución del paisaje argentino seguirá siendo respetable y respetado. Mimado por un breve período por el éxito, tuvo momentos de desconcierto que, de haber vivido, los habría remediado, reaccionando favorablemente. Porque es indudable que fué un gran artista que aún no había podido manifestarse en toda su plenitud y cuando empezaba a hacerlo fué segado

inexorablemente en el pináculo de su vida y de su producción.

De todas esas obras dispersas son muchas las que quedarán definitivamente y serán aquellas donde sangró el corazón y la sensibilidad de este pintor elegiaco, quien amó profundamente la naturaleza, vistiéndola de colores que a veces eran todo un poema.

Perdónese la pobreza franciscana de este homenaje a quien se merecía mucho más. Algún día emprenderemos el estudio detallado que hace falta para ilustrar su obra.

Abandonado

Pálido y causado un pobre niño — con la carga de su merecedora escondida — sueltos los miembros al sueño que hace olvidar — pasa la noche al pie de una escalera.

Me acerco, lo miro y no me atrevo — del pío sueño despertarle. Él acostado — tranquilo espera su nueva mañana — con la santa inocencia del reposo.

Pobre hijo que no sabe de dulzuras —, pobre hijo en brazos de la fortuna; — ¿no se llora ni hay caricias por tí?

Pasan las madres y ninguna te mira — ¿dónde, dónde está la tuya?; sólo te acaricia — el rayo de la luna, como si te amase.

J. BACCELLI

Versión de Claudio Amoroso.

LA SIMPATIA

Seamos, pues, estoicos; varonilmente duros con nosotros mismos, y guardemos las ternuras, las delicadezas y miramientos; para los demás, sobre todo para aquellos que, por más débiles y desgraciados, más especialmente las necesitan. Cultivemos nuestra simpatía, simpatía abierta hacia todos y hacia todo, hacia los hombres y hacia las cosas. Goecemos con los que gozcan, suframos con los que sufren; de suerte que nuestro corazón vibre al compás de los corazones ajenos.

Recordad a este propósito la parábola del sabio indio que llevó a su discípulo a lo alto de un monte, y le dijo: "¿Qué ves allí? — Veo, contestó el joven, — una pradera llena de rebañeros y de pastores. — ¡Déjate, le replicó el maestro, déjate de rebañeros y pastores y praderas... — Aquello eres tú, ¿qué ves allí? — Veo un río con unos guerreros que lo pasan a caballo. — ¡Déjate de guerreros y de caballos y de ríos! Aquello eres tú, ¿qué ves allí? — Veo el horizonte sin límites, los campos, el cielo. — ¡Déjate de campos y de horizontes, de caballos y de guerreros, de pastores y de rebañeros!... Todo, todo lo eres tú."

¡Ah! ¡Si nosotros pudiéramos abrirnos a este sentimiento tan antiguo y tan moderno, tan humano y tan cristiano, de la universal hermandad! Cultivemos la simpatía absoluta, el altruismo sin límites.

¿Sin límites?, se me dirá acaso. Pues ¿no hay un egoísmo legítimo? ¿No hay una moral del egoísmo? — Sí, sí; hay un egoísmo legítimo, un solo egoísmo digno de nosotros: el egoísmo que consiste en dedicarnos, cueste lo que cueste y pase lo que pase, a formar en nosotros mismos una alta personalidad humana, haciendo de nuestro espíritu una verdadera obra de arte. Ese es el egoísmo legítimo; no hay otro.

X. X.

IX Salón anual de la Sociedad de acuarelistas, pastelistas y etc.

Con la monotonía de un sincronismo de calendario, hace once años que esta muestra de acuarelistas y etc. se viene perpetrando. Es un escaparate para señoras y señores. Quizás una feria más de vanidades, como el té o el restorán de moda. Si este deseo de exhibirse, de ponerse en evidencia, diese resultados proficuos para el perfeccionamiento de una determinada disciplina, bienvenida sea la vanidad que puede convertirse en virtud. Pero sobre este punto tenemos nuestras dudas.

La impresión de conjunto que tuviéramos al visitarla, escasos momentos nos proporcionó de espasmo, de emoción o un motivo cualquiera que nos causara aborreo al toparnos con un hallazgo inesperado.

La misma pregunta se nos plantea todos los años. ¿Será este salón mucho mejor que el anterior, o éste más que aquél? Siendo los mismos expositores que concurren y para poseer un estilo, una modalidad, se colocan una careta sobre otra, pintando idénticos motivos, es muy fácil decirse. Desglosando algunas obras de mayor o menor valía, la otra muchedumbre que ensucia las paredes con sus chararrinones de color, nos inspira algo así como un sentimiento de dolorosa desazón. Ojalá estuviéramos errados y nosotros fuéramos quienes no pudiéramos percibir las excelencias artísticas y la belleza abscondita que entraña tanto papel pintado. ¿Qué más quisieramos que todas las obras, o por lo menos unas cuantas, constituyeran un portento de dibujo, de gracia expresiva o de colorido inefable! Mucho más agradable y llana sería nuestra tarea al encendernos de entusiasmo y admiración, mientras que ahora las frases nos salen heladas, tiritantes, como si volvieran de ver un témpano de hielo. ¡Pobrecitas ellas!

Tenemos tan vivo y despierto el sexto sentido de la admiración, y tan pronto siempre a las floraciones difrámbricas, que a veces los elogios se echan a perder, como las peras cuando se pasan de ma-

duras. ¿A quién prodigárselo, si hemos de experimentar después el remordimiento de haber cometido una mala acción? Cuántos de estos elogios desconsiderados que le venían muy grandes al ensalzado, torcieron un temperamento que se iniciaba con brillantez y audacia! Se nos objetará que la crítica que desparrama loas a diestra y siniestra, ejerce una influencia mucho más provechosa, alentando, que la crítica negativa, como se considera a la nuestra. Pues bien, los casos irremediables se hallan a la vista. Los cadáveres, intoxicados por exceso de alabanzas, están en el anfiteatro.

Tomemos al señor Christophersen, — a quien como persona le debemos el más uncioso respeto y como pintor ninguno — que expone en la sala de la "morgue" y veremos que después de todas las carretadas de elogios volcados, años tras año, sobre sus obras, se encuentra en el mismo estado horroroso de inopia artística, como lo estuviera siempre. Con la exhibición de sus cincuenta y nueve acuarelas de todos los tamaños, nos convenció de una sola cosa: de la infinita "maldad" de su arte. Si años tras años, los críticos no lo hubiesen engañado con una constancia y tozudez búdica, este virtuosísimo señor no incurriría, ahora, en la ridiculez de convertirse en el halmerrreir de la gente. Porque quienes le alaban de frente, a sus efectos se rien y mojan.

He ahí los efectos letales causados por la proclamación de un genio, que lo será el autor de un mal o mediocre cuadro, y de talento al que hizo un modesto dibujo.

Reconocemos que la crítica negativa lo es tanto la censura por la censura, como la que sin discutir vierte el elogio por el elogio. Las dos proceden con idéntica ceguera, y ambas ejecutan el mismo daño. La constructiva será la que, con conocimiento, se apasione y discuta hasta consigo misma para conceder su admiración. Representará, en fin, una opinión sincera y vibrante, la cual podrá desagradar, hallarse uno de acuerdo o no

con ella, pero alecciona porque descubre un nuevo punto de vista, fecundando, además, por la honda vitalidad que lleva en sí.

Se engañan quienes buscan en el crítico un mentor, un báculo que les guíe en los dédalos de la técnica y de la preceptiva; su objetivo es otro. Así como la obra de arte necesita una interpretación, también una crítica debe ser interpretada por el artista a quien va encaminada. A los que no son capaces de extraer una experiencia beneficiosa cotejando diferentes opiniones, expresadas sobre su labor y facultades, posiblemente pocas esperanzas les restan.

Diremos algunas palabras más, acerca de la adjudicación de los premios, y al mismo tiempo apuntaremos algunos nombres de los expositores que más pudieron atraer nuestra atención.

Seremos muy breves. Las recompensas fueron discernidas al presidente de la Sociedad organizadora del certamen, Sr. Emilio Centurión, a José Soto Acebal, a José Larco, Raquela Escalada y Alfredo Gramajo Gutiérrez.

Estos premios, por cierto, se otorgaron especialmente — en algunos casos — a la cortesía, a la elegancia en el vestir, a las buenas maneras y costumbres, o a la virtud; y no al artista, ni al artesano pintor. Excepto el que se le asignara a Gramajo, quien cumplidamente se lo mereció, de los demás no podemos darnos otra explicación que esta, si consideramos atentamente la calidad plástica de sus obras. El suceso isócrono de todos los años, no nos asombra ya.

Como hemos de ocuparnos otra vez espaciadamente, daremos algunos nombres sin comentarios, que a nuestro parecer, se hallan más o menos bien representados con las obras que exponen. Son éstos: Bermúdez Franco, Guillermo Butler, Raquel Forner, el ya citado Gramajo Gutiérrez, Burgoa Videla, Macaya y otros, a quienes deseáramos volver a verlos para ratificar nuestra impresión.

At.

Con el mazo dando

Si, hombre, sí; tú hablas muy bien, si hasta parece un libro... pero estamos de cháchara hasta la coronilla; frases, perfrasis, metáforas, en fin, palabras altisonantes como cohetes, que si llaman la atención de los perezosos y consigues que te admiren los analfabetos y los compadritos, no convences más que a los intoxicados por Vargas Vila. Bullanga, mucha bullanga metes tú para que te crean. Dime, ¿por qué no te hiciste bolchevique? A estas horas serías toda una personalidad... todavía estás a tiempo, créeme, y no lo echas en saco roto... Ya verás como me tendrás que agradecer la indicación. Anda, hombre, hazle ese pequeño sacrificio... a la anarquía; ¡lo que te va a agradecer tu pobre vejeita, y yo, excuso decirte lo que me alegrarías... recibe desde ya mis efusivas felicitaciones. Sí, hombre, sí; si parece hecho de medida para el bolchevismo. Te ha llegado tu hora, no vaciles, ya verás cómo haces carrera... No temas, los anarquistas están ya curados de espantos... Peores las han visto, y no se han muerto por eso. ¡Y lo que tendrán que ver! Tú ni siquiera te imaginas.

¡Ay, mi madre, lo que nos reserva el tiempo!

Sí, hombre, sí; no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy... Y, después de todo, no veo mal alguno en que sigas tus destinos... Lo peor que puede hacer un hombre para su propia vida, es contrariarse, esto es, eludirse o empeñarse en no ser lo que se es... ¿Me entiendes? ¡Oh, perdon! ¡Me explico?... Síno, no serás nada.

¿Te sientes bolchevique? ¡Pues, no hay nada que hacer, hombre: bolchevique, y se acabó!



¿Te figuras acaso que por eso la humanidad se va a echar a llorar? No, hombre, no; la anarquía no dejará de ser lo que es, ni el sol dejará de salir diariamente, ni los anarquistas van a enfadarse por eso. No temas, aquí no ha pasado nada. Y tú haces muy bien, pero muy bien en hacer de tu capa un sayo.

Pues sería ridículo que un hombre con tanta experiencia como la que tú posees, se empeñara en orinar contra el viento y en escupir al cielo. Con esa facultad que te caracteriza, vas a dejar al proletariado boquiabierto, patidifuso, encantado. Mussolini, Lenin, etc., a tu lado van a quedar como unos miserables tiranuelos, que ni las pulgas se van a acordar de ellos. ¡Salud! Holgazán crónico, balandron, pedante, y... no te digo más porque es la hora de irme al trabajo. ¿Estamos? ¿No? Pues oye: no me molestes más. Creo que no nos entenderemos...

H.



RUDOLF ROCKER

LA LUCHA POR EL PAN COTIDIANO

(Versión española del folleto "Der Kampf ums tägliche Brot", recientemente aparecido en Berlín. Verlag "Der Syndikalist")

(Continuación)

Como los campesinos de la gleba del tiempo de la dominación feudal, por medio de las innumerables revueltas y grandes insurrecciones, que primeramente sólo perseguían el objetivo de arrancar a los señores feudales ciertas concesiones y de obtener un mejoramiento de su triste situación, — abrieron el camino a la gran revolución y prepararon la abolición de los derechos feudales, así las innumerables luchas obreras por el pan cotidiano en el seno de la sociedad capitalista forman, por decirlo así, la introducción a la próxima revolución social, de donde resurgirá el socialismo. Sin las revueltas ininterrumpidas de la clase campesina, — Taine dice que desde 1781 hasta el asalto de la Bastilla han tenido lugar en casi todas partes de Francia más de quinientas de esas rebeliones. — no habría echado raíces en los cerebros de las masas el pensamiento de la corrupción de todo el sistema de la servidumbre y del feudalismo. Ese pensamiento debió madurar lentamente por las continuas luchas de los campesinos y adquirir paulatinamente forma y figura, hasta que por fin llevó con irresistible violencia a la abolición de la gleba y de los llamados derechos feudales.

Lo mismo sucede con las luchas económicas y sociales del moderno proletariado. Sería totalmente falso querer apreciarlas simplemente por su origen material y de acuerdo a sus resultados prácticos; se desconocería completamente su profunda significación psicológica para la conmoción de las masas y la ampliación de su horizonte mental. Sólo por las discusiones diarias entre obreros y capitalistas, pudo adquirir la idea del socialismo, que despertó a la vida en el cerebro de algunos pensadores, carne y sangre, y asumir aquel carácter especial que hizo de ella un movimiento de las masas, la portadora de un nuevo ideal de cultura social.

Las ideas solas no crean un movimiento; ellas mismas son sólo un resultado de concretas condiciones de vida; la condensación espiritual de determinadas condiciones materiales. Los movimientos nacen de las necesidades directas y prácticas de la vida, y no son nunca el resultado de abstractas representaciones. Pero reciben su fuerza irresistible y su certidumbre interior en la victoria, tan sólo cuando son fructificados por una gran idea, que les da contenido y alma. Únicamente en ese sentido se puede comprender y dignificar justamente la relación del movimiento obrero revolucionario con el socialismo. Pero si es así, se deduce claramente que los socialistas revolucionarios de todos los matices no pueden quedar ajenos a la lucha por el pan cotidiano, que constituye todo el contenido del movimiento obrero, sino que debe ver en esa lucha la condición previa inevitable para la realización final del socialismo libertario. Precisamente su misión debe ser participar en las luchas cotidianas de la clase obrera activamente; emplear todos los medios para hacerlas más vastas y más profundas, y presentar siempre ante los ojos de las

masas la interna conexión de sus demandas, con el gran objetivo del movimiento.

El que cree que para esa labor es demasiado bueno o trata de suprimirla con el pretexto nimio de que toda elevación de la situación del proletariado dentro del actual orden social, es imposible, y solo desvía a los trabajadores de sus verdaderos fines, ese no tiene derecho a maravillarse cuando no encuentra ninguna comprensión en los proletarios, o cuando constata que pueden privarse de su consejo. Pero el hecho de que no ha comprendido la interna conexión entre la lucha por el pan cotidiano y el objetivo socialista del movimiento, es una prueba de que tanto el contenido esencial del socialismo como el del movimiento obrero han sido hasta la fecha para él un libro con siete sellos. Alégrese lo que quiera con su "radicalismo": en el fondo no es más que uno de aquellos filósofos baratos que viven más allá del tiempo y del espacio, y no tienen ninguna comprensión para la amarga penuria de la vida.

La revolución de noviembre nos ha depurado un buen número de tales gentes, que desempeñaron pasajeramente roles de huéspedes en nuestro propio movimiento y en movimientos afines y juegan aún, aquí o allá, algún papel. En su mayoría son seres débiles, híbridos que se mueven al viento que sopla, y no saben nunca justamente donde corresponden en resumidas cuentas. Han probado algo de todos los partidos y tendencias, pero sólo conocen la fachada de las cosas; pues les falta energía para cavar hondo y conocer lo más íntimo de un movimiento. Como han aprendido a llevar su satisfacción con el pathos necesario al hombre, y empujaban los espíritus inmaduros con un galimatías de palabras de orden, huecas y bombásticas, la incompreensión de algunos los toma por "hombres fuertes" y les acompaña pasajeramente, hasta que llega la inevitable desilusión que por lo general no se hace esperar mucho. La mayor parte de las veces han recorrido toda la escala de las posibilidades de evolución del movimiento social; fueron independientes, comunistas, partidarios de los consejos, etc., hasta que un día se les vuelve a encontrar "budhistas" o en el agradable círculo de los espiritistas, de los mediums, etc. Desde allí, el viaje continúa para algunos y se producen las conversiones más maravillosas. Otros aterrizan en un tranquilo rincón, donde admiran en apacible bienaventuranza y con gratitud de encanto, la belleza de su propio ombligo. No queremos perturbarlos en esa ocupación favorita y esperamos que también ellos nos dejarán tranquilos en lo sucesivo.

Pero para el proletariado militante queda el viejo principio: "Sólo en la lucha encuentran su derecho". De la lucha por el pan cotidiano nace el sentimiento de la solidaridad, la conciencia de la dignidad humana. Sólo sobre esos pilares se construirá el puente que hará pasar al proletariado del infierno de la miseria social y de la servidumbre industrial a

la tierra de promisión del porvenir socialista.

Las diversas formas políticas actuales.—

La lucha por el pan cotidiano no sólo tiene lugar en el terreno económico, afecta también hondamente las esferas de la vida política y social, y sus formas externas son directamente condicionadas por el estado político contemporáneo de un pueblo. Tocamos aquí un dominio sobre el cual se han difundido aun los mismos sofismas que en el problema de la lucha económica por una mejor situación de los trabajadores. Y es nuevamente el mismo "radicalismo" mal comprendido y desfigurado hasta la caricatura, el responsable de esos sofismas. También aquí nos volvemos a encontrar con aquél completo desconocimiento de los hechos dados, según el cual se confunden constantemente cosas que no hay derecho a confundir en ninguna circunstancia, si no se quiere enturbiar la mirada.

Porque representamos el punto de vista de que la explotación del hombre por el hombre está ligada de la manera más íntima con la dominación del hombre por el hombre, que en consecuencia debe desaparecer, junto con el monopolio del poder, de la vida de la sociedad, algunos han deducido que las formas particulares de un país no tienen interés alguno para el proletariado en sus luchas. ¿Por qué preocuparse de las formas del Estado cuando se está de acuerdo sobre su verdadera esencia y la misión que cumple? Tales aseveraciones se oyen con frecuencia. Cuando se está frecuentemente obligado a escuchar las opiniones expuestas por los "super-radicales" en las asambleas públicas o en ciertos periódicos, se le ponen a uno los cabellos de punta, y se pregunta con razón cómo es posible algo semejante. Por tanto es oportuno ocuparnos algo más de ese asunto, tanto más cuanto que está estrechamente ligado a las cosas de que hemos tratado hasta aquí.

En oposición a las diversas tendencias socialistas estatales, desde la socialdemocracia hasta el bolchevismo y todo lo que está entre ambas, nosotros defendemos el punto de vista de que el socialismo no puede ser decretado de arriba a abajo por una corporación legislativa cualquiera o por una dictadura gubernamental, sino que debe surgir orgánicamente del seno del pueblo, debiendo hacer oficio de partera la acción revolucionaria de las masas. Somos de opinión que todo sistema estatal está ligado estrechamente con la forma de la explotación económica de las grandes masas por minorías privilegiadas, y que una forma política en lugar de otra no puede cambiar nada en ese hecho, pues el Estado no ha sido nunca otra cosa, no puede ser, que el aparato de poder de las clases poseedoras, el defensor de los monopolios económicos y de las divisiones de clase dentro de la asociación social. Haga flamear la insignia monárquica o la bandera de la república, no podrá nunca ser infiel a su misión, pues esa misión está basada en lo más profundo de su naturaleza.

Somos por tanto de opinión que junto con el sistema de la explotación debe caer también el sistema de la dominación y que todo intento en dirección al socialismo está ineludiblemente condenado al fracaso cuando sus iniciadores conservan el aparato político de la dominación en funciones. El experimento de los bolchevistas en Rusia nos ha dado bajo ese concepto una lección que debiera convencer a los más ciegos, si no tienen de antemano la intención de no convertirse y rechazan toda esperanza por motivos partidistas u otros.

Todo nuevo orden económico exige categóricamente una nueva forma de la organización política, dentro de la cual puede actuar y desarrollarse de una manera natural. Por esa razón una de las primeras tareas del socialismo y de los socialistas debe ser substituir el actual sistema del Estado por una nueva forma de la organización política en donde el gobierno de los hombres sea suplantado por la administración de las cosas.

Partiendo de este punto de vista, no vemos en la conquista del poder político una condición para la realización del socialismo, — la concepción compartida hasta hoy por los partidos obreros de los diversos países, — toda nuestra atención está más bien dirigida a excluir de la vida social todo poder político y toda

institución de dominación, porque llevarían otra vez inevitablemente a nuevas formas de la explotación.

Las diferencias innegables.—

Pero no nos contentamos de ningún modo con el ideal del futuro de una sociedad anarquista; nuestras aspiraciones tienden ya hoy a limitar la esfera del Estado, cuando se presenta una ocasión para ello, y a poner diques a su influencia, según nuestras fuerzas, sobre las diversas ramas de la vida social. Esa táctica la que nos distingue en primera línea de los métodos de los llamados partidos obreros, cuyas aspiraciones están dirigidas a ampliar el círculo de la acción del poder de Estado y a extender esa acción en la medida más vasta a la vida económica, con lo cual se abre el camino a un período de capitalismo de Estado, que por su esencia entera sólo puede ser el contrario de lo que aspira a ser verdaderamente el socialismo.

Pero esa concepción no quiere decir de ninguna manera que las formas políticas existentes en un país no tienen para nosotros ninguna importancia o solo una importancia secundaria.

Recientemente nosotros debemos ser los últimos en querer desviar los trabajadores hacia la ilusión de que para ellos es indiferente esta o la otra forma de gobierno y no hay diferencia entre tener que vivir en un Estado regido por fascistas o zaristas y poder disfrutar de ciertos derechos y libertades políticas, que son de la mayor importancia, tanto para sus luchas diarias contra el capitalismo como para toda especie de propaganda que tenga por fin su liberación social.

Pregúntese a nuestros camaradas sindicalistas y anarquistas de Italia y de España; pregúntese al proletariado organizado de esos países si en efecto les es indiferente la dictadura de un Mussolini o de un Primo de Rivera. Sólo el que no tiene la más pálida noción de las monstruosas persecuciones a que están sometidos nuestros camaradas de aquellos países, pero especialmente de España, durante los últimos años, podría sostener algo semejante. En España se encuentra el proletariado de tendencias libertarias desde 1920, en una lucha terrible e inexorable contra los poderes reaccionarios del Estado y del capitalismo; lucha que periódicamente asumió la forma de una revuelta formal y en la cual cayeron centenares de nuestros camaradas. Si a pesar de todo podemos percibir hoy en España un apequeamiento de la reacción, no es seguramente exagerado atribuirlo en gran parte a la lucha heroica de nuestros hermanos españoles, que no perdieron nunca el valor ni bajo las más severas persecuciones.

Tampoco nosotros, revolucionarios y socialistas libertarios, vivimos en la luna, sino en una sociedad que combatimos, pero a cuyas influencias políticas, económicas y sociales, no podemos por ahora sustraernos. Por tanto, no podemos ignorar cosas que nos afectan sin cesar y que, aunque no quisiéramos tener nada que ver con ellas, ellas tienen que ver con nosotros, nos sea o no agradable. Cuando, por consiguiente, se dice que las diversas formas del poder estatal no podrían cambiar nada en la esencia y en la existencia del Estado mismo, y que por tanto el problema de quién debe gobernarlos juega un papel secundario, se está en la misma situación del que defiende el punto de vista de que para los obreros es en absoluto lo mismo trabajar ocho horas o doce horas, o ganar lo suficiente para cubrir las exigencias de su vida o no, pues con tales pequeñeces no se modifica en nada la existencia de la sociedad capitalista. Hemos señalado ya en la primera parte de este trabajo, que esa concepción de las cosas cojea gravemente y tiene que conducir a las más disparatadas conclusiones.

No; lo mismo que el problema de su situación dentro de la sociedad no puede ser indiferente para los trabajadores, tampoco les es indiferente la forma de la estructura política de su país. Tanto para sus necesidades inmediatas como para su liberación definitiva de la esclavitud económica, política y social, necesitan los trabajadores las mayores libertades políticas imaginables, libertades que deben conquistarse donde se les nie-

gan, y que deben defender con toda energía donde la reacción se dispone a arrancárselas. No se pueden ignorar tales cosas, que están tan íntimamente ligadas a la próspera evolución del movimiento obrero, o liquidarlas con un par de palabras vacías.

Los derechos y libertades políticas en la sociedad actual.—

Como en otros tantos casos, se parte en la apreciación de este problema de suposiciones totalmente erróneas y no se puede maravillarse al llegar en último resultado a conclusiones tan funestas y absurdas. La mayoría de nuestros super-radicales no atribuyen a los derechos y libertades políticas en la sociedad actual, ningún valor, porque están fijadas en una Constitución. Chocan con la forma legal, sin tomarse la molestia de imaginar las fuerzas que actúan para llegar a conquistar la consignación de ciertos derechos y libertades en la Constitución.

En realidad, esa conformación mental no es nueva. Entre los revolucionarios rusos estaba bastante difundida y no raramente condujo a las más extrañas interpretaciones. Por ejemplo, una parte de nuestros compañeros anarquistas de Rusia adoptó en 1905 en una conferencia especial, la resolución de que, en caso de que Rusia, a consecuencia de la revolución, se transformase en un Estado Constitucional, los anarquistas no harían uso alguno, bajo ninguna circunstancia, de los derechos y libertades legalmente garantizados, a fin de preservar a los trabajadores de falsas esperanzas. Se resolvió, por tanto, que la propaganda en lo sucesivo y en todas las circunstancias, debía conservar su carácter clandestino y que los periódicos anarquistas, como antes, se publicarían subterráneamente. Sería absurdo tomar demasiado trágicamente esas resoluciones, y estamos convencidos de que si la revolución de 1905 hubiera triunfado y Rusia se hubiera convertido en efecto en un Estado constitucional, aún aquella parte de los anarquistas volvería a reflexionar sobre su resolución. Pero tales cosas merecen algo de atención, pues nos señalan lo terriblemente que puede ser desfigurada la mejor y más hermosa de las ideas y a que disparatadas conclusiones se tiene que llegar cuando se niega toda atención al desenvolvimiento de ciertas instituciones de la sociedad. Por lo demás, es significativo que un gran número de aquellos "super-radicales" se haya adherido más tarde al bolchevismo y sean hoy miembros más o menos influyentes del partido comunista en Rusia.

Después de desarrolló entre los revolucionarios rusos, la tendencia llamada "Machajewicz", cuyos partidarios no sólo trataban de charlatanería religiosa todo ideal de sociedad socialista y confundían social-demócratas, anarquistas y sindicalistas, sino que defendían el punto de vista de que había que rechazar toda propaganda públicamente realizada, y toda actividad revolucionaria de los trabajadores, porque sólo llevaban a un derroche infructuoso de esfuerzos. Partiendo de esa convicción, hablaban a los trabajadores de una gran conspiración internacional, que debía ocuparse, no con problemas del futuro, sino exclusivamente con exigencias cotidianas inmediatas. Y con ese fin, los trabajadores debían emplear todos los medios del terror económico para hacer valer sus demandas prácticas.

Se puede comprender la aparición de tales tendencias en Rusia. En un país cuya población no había disfrutado antes de libertad política de ninguna especie, son explicable tales interpretaciones. Pero que fuera de Rusia aún no reine completa claridad sobre esas cosas, es, en efecto, lamentable. Se puede pensar sobre las conspiraciones y los movimientos clandestinos, lo que se quiera, lo cierto es que no podrán ser nunca grandes movimientos de masas. Hay tiempos en que no se puede menos que fundar organizaciones secretas para los trabajadores. Cuando una reacción brutal, feroz, obstaculiza el desenvolvimiento de toda actividad pública, y amenaza sofocar con las leyes de excepción o con la ayuda de medios dictatoriales toda palabra libre, entonces no queda más remedio que resistir a la violencia, y refugiarse en las asociaciones conspirativas. Pero no hay que olvidar

que nunca esa forma del movimiento no es normal y que es impuesta por las circunstancias externas. En ese caso el movimiento tiene que dirigir su atención a modificar esas circunstancias en la primera ocasión, para poder volver a adoptar el carácter natural. Todos los movimientos realmente sociales de amplios fines, necesitan la más vasta publicidad, para poder abarcar las masas e influenciarlas en su sentido, lo que un movimiento secreto no consigue nunca. Ya, desde ese punto de vista, se nos aparece bajo otra luz todos los derechos y libertades políticas en el curso de las décadas en los diversos países.

Todos los derechos políticos que disfrutamos hoy en una medida más o menos limitada no tienen que agradecerlos los pueblos a la buena voluntad o al favor de sus gobiernos. Al contrario, los gobiernos han empleado todos los medios a su disposición, para obstaculizar la otorgación de tales derechos o para hacerlos ilusorios. Han sido necesarios grandes movimientos colectivos, hasta revoluciones para arrancar a las autoridades y a las clases imperantes esos derechos, que no habrían sido concedidos nunca voluntariamente. Fuera necesarios enormes sacrificios para conquistar tales derechos que se nos aparecen hoy como algo natural.

Estúdiense la historia de los últimos ciento cincuenta años para comprender las formidables luchas que tuvieron lu-

gar a fin de arrancar a las garras del despotismo cada pulgada de un cierto derecho. ¡Cuántos torrentes de sangre tuvieron que vertirse, cuántos martirios se exigieron, cuántas persecuciones hubo en todos los países en el curso de largas décadas para hacer posible una expresión más o menos libre de la opinión por la palabra y el escrito! Léase la Historia de la censura, esa odiosa institución que contuvo tanto tiempo la evolución espiritual de Europa y que parcialmente la contiene aún. ¡Qué monstruosos sacrificios y sublevaciones revolucionarias fueron necesarios para socavar paulatinamente el terreno a aquel monstruo mediante asaltos ininterrumpidos!

¡Y qué luchas heroicas y penosas tuvieron que soportar casi en todos los países los trabajadores para obtener el derecho de asociación, la libertad de organizarse con sus iguales para oponer un frente sólido al capitalismo. Nosotros hacemos uso hoy de esos derechos, pero muy pocos saben lo mucho que han costado a la clase obrera. Si fuéramos capaces de presentar brevemente una exposición de todos los sacrificios en bienes, en sangre, en vidas y en libertad que tuvieron que ofrecer los trabajadores en los distintos países para la conquista de esos derechos, tendríamos ante nuestros ojos un cuadro de que ahora no podemos darnos una pálida idea.

(Concluirá)



¿Cuál es el origen de la vida?

Los conceptos de la ciencia pura, lejos de ser inútiles adornos, como afirman algunos rudos espíritus, han ejercido decisiva influencia, no solamente en la mentalidad de una época, sino también sobre las aplicaciones de la ciencia, pues, como dice Echegaray: "...lo que emplea por ser hermosa para el alma y para la inteligencia, concluye por ser alimento para la pobre vida corporal". Entre estos conceptos de ciencia pura, está el del origen de la vida, y es muy interesante observar cómo personas esclarecidas en otras actividades, aceptaban ideas que nos dejan atónitos en la actualidad.

Anaximandro creía que los animales provenían de la acción estimulante de la humedad; al mismo Aristóteles, tan versado en el estudio de la naturaleza, no le parecía absurdo admitir que, algunas veces, los animales se forman por la putrefacción, en el suelo, en las plantas o en los fluidos de otros animales; así por ejemplo, las anguilas provenían, sin duda, de la descomposición del limo. Para Ovidio, la corrupción era la fuente de la vida y el insigne Virgilio compartió estos conceptos y los difundió, con suma eficacia, en sus "Geórgicas", en donde, con deleitable manera, narra la sentida historia del pastor Aristeo que, lamentando la pérdida de sus magníficas colmenas, siguió el consejo de la diosa Cirene para reponerlas: "sacrifica, en honor de los dioses, cuatro toros de hermosa planta y en la espesura del bosque deja abandonados sus cuerpos"; y llegado el noveno día, cuando volvió Aristeo a inquirir el resultado del consejo vio cómo, de las corruptas carnes del toro se elevaba densa nube de abejas que opacaban el sol y, en enormes racimos, se agrupaban bajo el ramaje de los árboles.

Durante la Edad Media, en la que los pensadores resolvieron ver por los ojos de los filósofos antiguos y no usar sus propios sentidos, no sólo se aceptaron todos los errores a que nos hemos referido, sino que también se agregaron nuevos y más extraordinarios.

Cardan opinaba que el agua engendra los peces; van Helmont señaló la técnica para obtener ratones: basta colocar una camisa sucia en un recipiente en el que se hallen unos granos de trigo o un pedazo de queso; Buonanni afirmaba que la madera, al podrirse en el mar, daba origen a los gusanos, éstos producían las mariposas y que de éstas provenían los pájaros. Pero son más extraordinarias las afirmaciones del ilustrísimo señor obispo de Beauvais, que por sus relevantes virtudes murió en olor de santidad; este santo varón, verdadero Plinio de la Edad Media, halló cerca de Escocia y en las Orcadas, maravillosos árboles, cuyos frutos eran ánades, y que Muster, en su Cosmographie Universelle, denominó Anser arboreus. Aldobrando describió y figuró con minucia tan estupendo árbol y el venerable monje Oederic de Portenau, muerto también en olor de santidad, dió de su fruto esta diagnosis latina: *Poma violascae et rotunda ad instar cucurbita a quibus maturis exiit avis*. Con razón dice don Joaquín María Castellarnau, de quien tomamos esta cita, ¡A más no se puede llegar!

A desvanecer tantos errores vinieron Marcelo Malpighi y Fabricio de Aquapendente con sus estudios acerca del desarrollo del huevo de las gallinas; y el habilísimo Swammerdam, quien ante el duque de Toscana demostró que en la crisálida están contenidos los gérmenes de los órganos de la futura mariposa; este sabio instituyó también los fundamentos

de la embriología de los batracios, destruyendo la fabula sustentada por la autoridad del eminente médico del Papa Julio III, Andrés Laguna, quien escribió que "... a veces las ranas se engendran de súbito sobre el haz de la tierra, quiero decir, de la lluvia y del polvo con los bochornos; lo cual hace creer a algunos que lueven ranas". Fué una lástima que a la hora fatal de la disgregación de la personalidad en que, como dice Ingenieros, el viejo deja de creer lo que más firmemente ha pensado en la juventud, Swammerdam haya quemado su obras, sus microscopios, en aras de desatentado misticismo abandonando, como posteriormente lo hizo Pascal, los estudios que tan brillantemente había cultivado.

Justo es citar también los experimentos del poeta y médico Francisco Redi, quien demostró que los gusanos que se forman en la carne provienen de los huevos depositados por los insectos, y las sencillas, pero elocuentes experiencias de Vallisneri, profesor de Medicina en Padua, quien hizo ver que los gusanos de las frutas provienen del desarrollo de un huevo depositado antes de que el ovario evolucione para dar el fruto.

Gracias a estos trabajos, principalmente, desapareció entre las personas ilustradas la idea de la generación espontánea en los seres superiores, pero el descubrimiento del microscopio, ensanchando extraordinariamente el campo de la investigación científica, volvió a poner en el tapete de la discusión estos asuntos.

Un sacerdote inglés, Needham, puso en un frasco pedazos de carne, agregó agua, lo cerró con esmero y lo colocó en una caja llena de ceniza caliente; después de cierto tiempo, pululaban en el líquido numerosos microorganismos. El calor, según Needham, había matado todos los gérmenes vivos; dentro del frasco no podía haberse introducido ningún otro, y si pululaban en el caldo, debían haberse producido por generación espontánea. Otro eclesiástico, Spallanzani, se propuso estudiar experimentalmente este asunto; y refiere de este modo sus estudios: "He repetido esta experiencia con más exactitud empleando vasos cerrados herméticamente y hervidos durante una hora; abriendo estos vasos en su oportunidad y examinando las infusiones, no he encontrado ni la más pequeña aparición de animalículos a pesar de haber observado al microscopio las infusiones de diez y nueve vasos diferentes". "Es que el demasiado calor — replicó Needham — alteró la composición del aire y destruyó la fuerza vegetativa que poseen los gérmenes".

Setenta y ún años después, Shulze emprendió nuevas experiencias para dilucidar estos puntos; después de hervir agua que contenía carne, para matar los gérmenes hizo pasar una corriente de aire que previamente burbujaba al entrar y al salir en tubos de Liebig llenos de ácido sulfúrico y de potasa, respectivamente, suprimiendo así las presuntas alteraciones que originaba en el aire, el calentamiento; entonces se objetó que también el ácido sulfúrico alteraba el aire.

Schoeder y Duetsch, con objeto de invalidar los argumentos basados en las supuestas alteraciones del aire por el calor o por el ácido sulfúrico hicieron que llagara el aire al interior del caldo después de atravesar un tubo lleno de algodón y observó que, en este caso, el líquido no muestra alteración ninguna.

El 20 de diciembre de 1858, un eminente naturalista, Pouchet, Director del Museo de Historia Natural de Rouen, dirigió a la Academia de Ciencias de París

una "Nota sobre los protoorganismos vegetales y animales nacidos espontáneamente en el aire artificial y en el gas oxígeno".

Las experiencias de este sabio estaban impresionantemente ejecutadas y expuestas: se había hecho llegar a un frasco perfectamente limpio, en la cuba de mercurio, cierta cantidad de agua hervida y tan pura como era posible obtenerla; después, aire obtenido artificialmente y, por último, se introducía, hasta la superficie libre del mercurio, un poco de hemo previamente calentado a cien grados; examinando el agua después de algún tiempo, podían verse animalículos y plantas en un medio absolutamente privado de aire atmosférico y al que, por tanto, no había podido traer, este gas, ningún germen de ser organizado. Los resultados parecían concluyentes, pero la docta Corporación, con laudable prudencia, solicitó nuevos datos para estudiar el tan debatido problema de la generación espontánea.

ISAAC OCHOTERENA

(Concluirá)

BIBLIOGRAFIA

Vidal Georges — HAN RYNER, L'HOMME ET L'OEUVRE, París, Librairie Internationale (83 págs).

El nombre de Han Ryner no es nuevo para los lectores del SUPLEMENTO; precisamente en esta publicación se inició la primera versión española de algunos fragmentos del filósofo de las Parábolas cénicas. Nos han interesado siempre algunos de sus pensamientos y nos ha cautivado la maestría del estilo propio que posee y que lo coloca en un puesto de honor entre los grandes escritores franceses contemporáneos. Su hermosa conferencia "Los artesanos del porvenir", publicada en el SUPLEMENTO y más tarde editada en folleto, se lee con deleite, lo mismo que su ya fecundísima bibliografía. En una palabra, fuimos nosotros los primeros que pusieron manos a la obra y dimos a conocer algunos trozos de la producción de Han Ryner en lengua española. ¿Es que hemos cambiado de opinión si no insistimos en el mismo esfuerzo? No, sin haber perdido una sola partícula del aprecio que nos merece Han Ryner, no obstante combatir algunas de sus ideas, nos abstenemos de vulgarizar sus escritos al ver firmarse una escuela



ryneriana. El rynerismo nos repugna como nos repugnan todas las capillas, pero además el rynerismo castra las energías viriles de muchos elementos anarquistas, lo cual nos lo hace doblemente repulsivo. Las ideas y la literatura de Han Ryner son susceptibles de producir saludables impresiones a los espíritus libres, pero a las mentalidades femeninas, o, mejor dicho, afeminadas, de los cenáculos parnasianos y anarco-literarios les imposibilita para todo impulso combativo. El rynerismo es un refugio de estetas y de gentes que quieren substraerse a las demandas de una vida revolucionaria activa; y en todo caso, el rynerismo y el movimiento obrero revolucionario son dos cosas absolutamente independientes. Que nos perdone Han Ryner, que no es ciertamente culpable de esas consecuencias de su obra, interpretada por quienes desean justificar con una doctrina especial una profunda debilidad volitiva y un cansancio orgánico que rehuye el esfuerzo y la acción. La vida no se reduce a gozar sibaríticamente de ella, a mirar introspectivamente el mundo, haciendo de nuestra personilla un centro absoluto. Y los rynerianistas, como las mil y una capillas estéticas y literarias de Francia, no aspiran más que a gozar de la vida, a vivir su vida, despreocupados por lo que pasa fuera de ellos mismos y sin tener en cuenta que un esfuerzo tenaz y consciente podría imprimir a la vida características nuevas.

El camarada Georges Vidal ha escrito un opúsculo sobre la vida y la obra de Han Ryner, que resume en pocas páginas los rasgos más salientes del autor de *Los Viajes de Psicología*. Vidal es sin duda alguna un temperamento literario lleno de promesas. Esta obra se lee con placer de una sola tirada, y el mejor elogio que podemos hacer de ella es que no nos hace arrepentirnos de haberle dedicado nuestra atención durante un par de horas. Pero Han Ryner merece un estudio más profundo, que el mismo Vidal o algún otro de sus admiradores independientes podría darnos un día.

La edición ha estado a cargo de la Librairie Internationale de París, una buena iniciativa de nuestros camaradas, y merecedora de todo nuestro apoyo.

D. A. de S.

Maquiavelo y la política

Aquí vivía o aquí yacía aquel tan grande como escondido monarca, que muy entretenido asistía estos días a unas fiestas, dedicadas a engañar al pueblo, no dejándole lugar para discurrir en cosas mayores.

Estaba el príncipe viéndolas bajo celosías, ceremonia inviolable y más este día, que hubo unos juegos de mano, obra de gran sutileza, muy de su gusto y genio: toda tropelia.

Estaba la plaza hecha un gran corral de vulgo, enjambre de moscas en el zumbido y en sentarse en la basura de las costumbres, engordando con lo podrido y hediondo de las morales llagas.

A tan mecánico aplauso, subió en puesto superior, más descarado, que autorizado, cuales suelen ser todos los que sobresalen en las plazas, un elocuentísimo embustero, que después de una bien paloteada arenga, comenzó a hacer notables prestigios, maravillosas sutilezas, teniendo toda aquella innumerable vulgaridad embobada.

Entre estas burlas bien notables, les hacía abrir las bocas y aseguraba les metía en ellas cosas muy dulces y confitadas. Y ellos se lo tragaban. Pero luego los hacía echar cosas asquerosísimas, inmundicias horribles, con gran desaire de ellos y risa de todos los circunstantes. El mismo charlatán daba a entender que comía algodón muy blanco y fino; mas luego, abriendo la boca, lanzaba por ella espeso humo, fuego y más fuego, que aterraba. Tragaba otras veces papel y luego iba sacando muchas cintas de seda, listones de resplandor; y todo era embeleco, como se usa.

Gustó mucho a Andrenio y comenzó a solemnizarlo.

Basta, dijo Critilo; que tu también te pagas de las burlas, no distinguiendo lo falso de lo verdadero.

¿Qué piensas tú que es este valiente embustero?

Este es un falso político, llamado el Maquiavelo, que quiere dar a beber sus falsos aforismos a los ignorantes. ¿No ves cómo ellos se los tragan, pareciéndoles muy plausibles y verdaderos? Y bien examinados, no son otro que una confitada inmundicia de vicios y de pecados. Razones, no de estado, sino de establo. Parece que tiene candidez en sus labios, pureza en su lengua y arroja fuego infernal, que abrasa las costumbres y quema las repúblicas. Aquellas, que parecen cintas de seda, son las políticas leyes, con que ata las manos a la virtud y las suelta al vicio. Este es el papel del libro que publica y el que masea: todo falsedad y apariencia, con que tiene embelesados y tantos y tontos.

GRACIAN

Lugones y el presidente Leguía



EL VATE EN PLENA LABOR